

Signos

IBC Instituto
Bartolomé
de Las Casas

cep Centro de
Estudios y
Publicaciones

AGO 2026
AÑO XLV

NÚMERO

8

UNA RECONCILIACIÓN SIN JUSTICIA NO ES PAZ

Mirada clara
para tiempos difíciles

Salud mental en el Perú o
la normalización de vivir mal

Dar la palabra a la vida

EDICIÓN DIGITAL

AGOSTO 2026

MIRADA CLARA PARA TIEMPOS DIFÍCILES

¿Qué actitud se espera de quienes estamos desde hace años en la oposición del nuevo gobierno elegido de Keiko Fujimori? Una pregunta muy difícil de responder, donde no hay respuesta correcta, pero que nos invita a reflexionar y no solo a reaccionar desde el enojo o la disconformidad. Es indispensable pensar y entender de cara al proceso político: ¿qué se está planteando? ¿qué está en juego? y ¿cómo eso afecta o no a los pobres?

En primer lugar, no se trata de sacar revancha o decir en forma simplista que todo va a estar mal o que estamos en el peor de los mundos. De hecho, venimos de un momento político donde tanto la gestión como el prestigio del Estado se han debilitado mucho. Entonces, el punto de partida que le toca al nuevo gobierno no es auspicioso, y éste no tiene una mayoría significativa y gobernará en un país que está fuertemente dividido. Además, la gestión estatal está muy débil y de baja calidad; como sabemos las oficinas públicas son vistas como lugares para ganar dinero y no para desarrollar políticas públicas favorables a las mayorías. Pero, al mismo tiempo, es conocido por todos que la mayoría de la gente necesita que los servicios públicos como educación y salud funcionen mejor, así como que se mejoren las vías de comunicación en muchos lugares, especialmente los más aislados. Adicionalmente es fundamental que se responda a tiempo y de manera eficaz al fenómeno de El Niño para salvar muchas vidas, tal como ha sido planteado.

Así el anuncio de incrementar la gestión pública en estos campos supone echar a andar la máquina

estatal, lo que podría ser bien recibido, pero ello implica contar con los gestores adecuados, algo que está por verse. Por otro lado, nos preocupa que se haya anunciado que los militares se ocuparán de la seguridad, cuando esa no es su función, lo que nos lleva a recordar tiempos de dictadura, que esperamos no sea el caso.

En segundo lugar, es importante recordar que por muchos años hemos vivido pensando, con razón, que el fujimorismo representa una fuerza política negativa y contraria a lo que pensamos. Por lo tanto, esa fuerza política en el poder sería una catástrofe y que nada bueno puede venir de allí. Visto fríamente, ese es un pensamiento primario que, en vez de permitirnos ver el proceso actual, previamente nos puede nublar y cargar negativamente la mirada.

Entonces, quienes estamos en la otra orilla del gobierno actual necesitamos poner cabeza fría y una mirada que llegue lejos. Con lo dicho no pretendo que se deje de lado una postura crítica, pero sí la postura beligerante o ciega. Necesitamos asumir una posición que sepa identificar los alcances positivos de las políticas públicas, si los hubiera, especialmente de cara a los que lo necesitan. Y no una mirada fanática que sancione todo negativamente antes de que suceda, porque ello nos impedirá tener un juicio razonable. El fanatismo no construye país, ni una mentalidad crítica, y menos nos acerca a los pobres. Son tiempos difíciles donde está claro que, como ciudadanos, necesitamos discernir sobre todo aquello que hoy consideramos como la profecía autocumplida.

Signos DESDE 1980. Publicación mensual del Instituto Bartolomé de Las Casas y el Centro de Estudios y Publicaciones

Coordinación: Diana Tantaleán

Foto portada: Wayka - Juan Zapata/Juan Mandamiento

Diagramación: Diana Tantaleán

Correo: dianat@bcasas.org.pe

ÓRDENES DE CELEBRAR

Omar Coronel, politólogo y docente en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)

El 28 de julio, mientras Keiko Fujimori juramentaba en el Congreso como presidenta y llamaba a la "reconciliación nacional", frente al Palacio de Justicia ocurría otra escena. Familiares de las víctimas de la represión durante las protestas de 2022-2023, y de las matanzas del régimen de Alberto Fujimori, lavaron la bandera como acto inicial de la primera marcha contra el segundo fujimorismo. Cuando comenzaron a narrar sus dolorosas historias, la policía prendió dos parlantes con música criolla a todo volumen para silenciar sus voces. Miembros de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos reclamaron por la falta de respeto, pero la policía solo respondió que tenían orden de poner música por ser un día festivo.

La escena condensa mucho de la política peruana. En un país de instituciones débiles, donde el discurso oficial rara vez compromete a nada, analizar lo que los políticos dicen sirve menos que analizar lo que hacen. Los planes de gobierno y los mensajes a la Nación dan pistas, no mapas confiables. La práctica del fujimorismo, desde sus orígenes y remarcadamente en la última década, dibuja una voluntad autoritaria consistente que convierte en cínico cualquier mensaje de reconciliación.

Conviene contrastar palabra y actos. Entre 2022 y 2026, el fujimorismo tuvo un rol protagónico en la coalición autoritaria que gobernó *de facto* desde el Congreso. Aprobaron leyes que debilitaron la persecución del crimen y de las violaciones de derechos humanos, coparon instituciones (Junta Nacional de Justicia, Tribunal Constitucional, Defensoría, Ministerio Público) y llenaron el aparato estatal de sus alfiles, con nula o poca experiencia. Además de quebrar el balance de poderes, todo esto erosionó la capacidad estatal, que ahora Keiko Fujimori denuncia como catastrófica. En 2017, un audio registró a la propia Fujimori ordenando frenar un proyecto por conveniencia partidaria: "No me interesa así se perjudiquen diez mil, cien mil personas". Esa es la forma en que hicieron política. La crisis permanente desde 2016 tiene más de un responsable (la clase política, de todos los signos, cargó su cuota), pero ninguna otra fuerza la moldeó tanto ni con tanta consistencia.

El discurso del 28 prometió meritocracia y lucha "frontal" contra la corrupción, pero el gabinete reúne quince ministros con investigaciones o procesos por corrupción y otros delitos (incluido el premier, con casos por lavado de activos y organización criminal) y coloca en sectores sensibles como Salud a funcionarios sin ninguna experiencia en el ramo. El mensaje habló de tender "puentes de diálogo" a la oposición y prometió respeto a la independencia de poderes. Días después, trascendió el borrador de la solicitud de facultades que el Ejecutivo prepara para pedir al Congreso: legislar 120 días en materia penal, laboral, tributaria y ambiental, con decretos exceptuados de consulta pública y de análisis de

impacto. Es decir, quieren rediseñar leyes que tocan a todos sin deliberación ni contrapeso, a puertas cerradas.

Por la historia del fujimorismo y de su coalición política, económica, mediática y militar-policial, y por su costumbre de imponer antes que consultar o negociar, es razonable temer que ese poder amplio y con pocos controles se traduzca en mayor conflictividad. En el terreno laboral, el paquete habilitaría flexibilizar despidos y beneficios, anhelo empresarial extendido, del gran capital a los pequeños, pero que se realizaría a costa de derechos laborales. En el socioambiental, propondría acelerar y recortar la evaluación ambiental y facilitar la inversión extractiva, justo los procesos alrededor de los cuales estallan los conflictos que el Estado ya gestiona mal. Debilitar los canales institucionales de una disputa no la desactiva: la empuja hacia la calle, donde espera la represión. Como en los noventa, la demanda legítima de orden y seguridad se vuelve la coartada de una vieja voluntad autoritaria, ahora con el viento a favor del crecimiento y un entorno regional y global de retrocesos democráticos.

Frente a esto, el papel de la sociedad civil es decisivo. El mismo 28 de julio, en el Te Deum, el cardenal Carlos Castillo nombró a las víctimas de la violencia estatal y reclamó una reconciliación que no sea "meliflua" ni sirva "para tapar los males", sino una que "sepa hacer justicia y restituir a todos los perjudicados". Ese gesto expresa una práctica larga de un amplio sector del catolicismo peruano: acompañar el reclamo de justicia y dignidad de las víctimas, y sostener las demandas socioambientales de las comunidades. Esa tradición, junto con organizaciones de derechos humanos, gremios, colectivos y las bancadas de oposición, tendrá que organizarse y coordinarse para poner límites a las señales de confrontación que asoman bajo el lenguaje de la reconciliación y el diálogo. Una reconciliación sin justicia no es paz, es apenas la tranquilidad del orden injusto, la música para tapar el llanto.



Foto: Contranoticia.pe - Gabriela Modesto

SALUD MENTAL EN EL PERÚ O LA NORMALIZACIÓN DE VIVIR MAL

Ana María Guerrero, psicóloga. Directora de Proyecto UMA y docente de la UARM



Foto: nexos.ulima.edu.pe

El mes pasado, en Huacho, un niño de ocho años murió por el disparo de un policía que intentaba reducir a un mototaxista. Había ocurrido un accidente menor, cotidiano, cuando el policía rápidamente saca su arma y dispara a escasos centímetros de la madre y su hijo, que presenciaban la trifulca. El niño falleció camino al hospital, en una situación insólita, inverosímil para la madre. Un problema que debía ser habitual para la policía se sale de control por el uso desproporcionado de la fuerza y la incapacidad de evaluar una situación de riesgo hacia terceros. ¿Por qué el agente se desbocó de esa manera? ¿Por qué sus compañeros no pusieron un límite? ¿La presencia de un niño no merece un protocolo específico?

El Estado peruano tiene el deber de cuidar la vida, pero sus respuestas suelen ser ineficaces. Imaginemos una respuesta apropiada, de tres niveles, ante el mismo caso: los adultos tendrían que haber registrado psíquicamente al niño, identificándose con él para cuidarlo; moralmente tendrían que haber puesto límites a la agresión y uso de la fuerza. Institucionalmente, se deberían tener procedimientos apropiados para casos delicados.

El video en redes sociales muestra que la madre no alcanza a comprender que su hijo ha recibido un disparo en el cráneo. Está intentando contener al policía, concentrado en someter al mototaxista, que a su vez se resiste a ser detenido. La escena se caotiza por la disputa por el control y la resistencia, y en medio un niño de ocho años, físicamente presente, pero ausente del campo perceptivo y moral de los adultos, siempre con mayor capacidad de autocontrol.

Si pensamos en salud mental con perspectiva social, a la pregunta de “qué nos pasa” se le agrega “en la sociedad en que vivimos”. Sabemos que toda sociedad tiene sus

formas de organizarse y funcionar y, por tanto, también de producir daño. ¿Cómo es en el Perú? ¿Qué hacemos con nuestra violencia? ¿No la asumimos, acaso, como un método habitual para ejercer la autoridad? Pero que la violencia sea común o ampliamente aceptada no significa que sea saludable. Nuestras formas de relacionarnos siguen siendo ética y psíquicamente devastadoras.

En ese sentido, preguntémonos por la precariedad no solo en su dimensión tangible sino también por aquella que se disipa en la cotidianidad. La precariedad de los vínculos, de la confianza, que vuelve espacios relativamente seguros en lugares de incertidumbre, cosificación e imposición de poder. No es que la precariedad produzca trastornos mentales, pero sí aumenta sus riesgos, mina la autoestima y la autoconfianza de la gente, limita los recursos disponibles y reduce las posibilidades de elaborar el sufrimiento.

Según el MINSA (2025), el 70% de personas que necesitan tratamiento clínico no acceden, sobre todo, por falta de profesionales, pero también por los prejuicios que subsisten, por las barreras culturales y la dificultad para sostener la continuidad de los tratamientos. La pregunta se vuelve inevitable: si avanzamos con más de 300 centros de salud mental comunitaria, pero el presupuesto se mantiene por debajo del 2% del sector salud, ¿qué esperamos que vaya a pasar?, ¿seguimos abriendo establecimientos sin garantizar profesionales suficientes, equipos interdisciplinarios, preparación clínica y psicosocial, continuidad de tratamientos y articulación con escuelas, familias y barrios?

Salud mental es pensar sobre las condiciones materiales, políticas y culturales que viven sujetos concretos, en espacios igualmente concretos: la casa, la escuela, la calle, el transporte, el barrio, la universidad, el centro de trabajo, el club, la parroquia o el partido político. Nos importa no solo identificar síntomas o ser rigurosos en el diagnóstico. Necesitamos promover la capacidad de las personas para regular el poder, mediar conflictos sin destruir al otro, o reconocer riesgos y vulnerabilidades para actuar con responsabilidad.

Puestas así las cosas, y en un país como el Perú, atravesado por la impunidad y la desigualdad no solo en discursos explícitos sino a través de prácticas repetidas, jerarquías, sistemas de recompensas y sanciones, traiciones y lealtades en familias, grupos e instituciones... ¿No tenemos que preguntarnos, en el Perú, por la cotidianidad de la crueldad y el arrasamiento del otro?

DAR LA PALABRA A LA VIDA

Silvia Cáceres Frisancho. Directora general del IBC y docente de teología de la PUCP

“¿Quieres sanarte?” (Jn 5, 6). Es la pregunta que Jesús dirige al hombre que yace junto a la piscina de Betesda. Parece una pregunta sencilla; sin embargo, trae como respuesta una que sorprende. El hombre no responde con un “sí” o un “no”; antes de expresar el deseo de sanarse, cuenta su historia: “Señor, no tengo a nadie...” (Jn 5, 7); sus palabras hablan de su espera, de su soledad y de todo aquello que ha marcado su vida.

Ese detalle del Evangelio fue iluminando el “Primer Encuentro de Cocreación Teológica” del programa “Fe y Periferias”. En el encuentro comenzamos escuchando los relatos de vida que los y las participantes habían traído desde sus comunidades y experiencias pastorales. ¿Qué podía ocurrir si la reflexión teológica empezaba escuchando historias concretas de sufrimiento y esperanza?

Fuimos descubriendo que la acción de escuchar no es un paso previo a la teología, sino una condición necesaria para que esta pueda comenzar. Escuchar significó demorarse en los relatos traídos y creados durante el encuentro, dejar que nos hablaran antes de intentar explicarlos, reconocer las emociones, los silencios, las heridas y también las esperanzas que contenían.

Los relatos creados por los grupos muestran la riqueza de ese proceso. El grupo integrado por Sandra F., Sandra A., Rosario, Isabelle y Glafira reescribió la historia de Lucía, una niña atrapada en una red de explotación. Al dialogar con la historia del hombre de Betesda, la narración cambió de rumbo, Jesús no apareció como un héroe que rescata desde fuera, sino como aquel niño perdido en el Templo que, en vez de estar hablando con los doctores de la Ley, pregunta, escucha y devuelve la palabra a Lucía. A partir de ahí, el grupo pudo nombrar a Dios como quien “forma parte de un sistema de cuidados”, y el Reino como una red de relaciones que sostiene la vida.

Algo semejante ocurrió con el grupo de José Luis, Ricardo, Ana María, Montserrat, Luca y Gabriel. La historia de Esperanza, una mujer asháninka que había perdido el vínculo con su comunidad y cuyo territorio estaba siendo arrasado, fue reescrita a la luz del Evangelio. La transformación comenzó cuando Esperanza volvió en sí y la comunidad decidió escucharla antes de juzgarla. A partir de ese gesto surgió la intuición teológica de que Dios se manifiesta en la escucha, la reconciliación, la comunidad y la sabiduría de los pueblos originarios.

El grupo de León, Jeshira, Bruno, Yolanda y Eva descubrió algo parecido en la historia de la comunidad de Santa Rosa de Pacora. Frente a la contaminación del agua y la muerte

de niños y ancianos inocentes, el Evangelio abrió una pregunta: ¿cómo responder como comunidad? La oración no desapareció, pero dejó de ser la única respuesta. La escucha del sufrimiento condujo a la organización, al compromiso y a la acción compartida: “El Reino de Dios se acerca con nuestra oración y acción solidaria”.

También el grupo de Steve, Miguel, Noé, Cándida y Cristina recorrió este camino. La historia de Bronu, un joven que viaja por distintas regiones del país buscando el sentido de su vida, terminó afirmando una intuición sencilla y profunda a la vez: “Dios es comunidad”. Dios habla en la historia, en las personas y en los vínculos que nos ayudan a levantarnos y seguir caminando.

Quizá uno de los aprendizajes más importantes de este primer encuentro es que cuando la vida y el Evangelio dialogan, pueden surgir nuevas posibilidades y horizontes insospechados y se va atisbando vida más digna, donde quienes eran víctimas, toman la palabra y recuperan su agencia, “se levantan, toman su camilla y comienzan a andar”. La vida necesita de la Palabra para abrir nuevos horizontes de comprensión, y la Palabra vuelve a resonar de manera nueva cuando es leída desde las historias concretas de las personas y las comunidades.

En tiempos en que con frecuencia buscamos respuestas y soluciones rápidas a los problemas, el encuentro nos recordó que antes de interpretar la vida, es necesario darle la palabra, dejar que nos hable y escucharla con profundidad. Tal vez esa sea una de las tareas más urgentes para la Iglesia de hoy, crear espacios donde las historias puedan ser escuchadas, compartidas y puestas en diálogo con la Buena Noticia de Jesús. Allí la vida puede volver a florecer, también la teología.



Foto: Archivo IBC

VOCES DE LA IGLESIA

CARDENAL CASTILLO: “SOMOS UN PAÍS MALTRATADO”

Durante las celebraciones de Fiestas Patrias, el Cardenal Carlos Castillo presidió la Misa Te Deum. En la homilía señaló con firmeza que el mensaje del Evangelio debe inspirar a quienes asumirán la dirección política del país. Recordó que un pueblo: “si es creyente, también ha de buscar respuestas desde su fe ... que refuercen las respuestas éticas, morales, de actitudes humanas que favorecen al bien común.”

Recordó que “como bien se ha dicho estos días, estamos en una situación ‘catastrófica’... porque la condición humana y su dignidad están en sumo peligro.” Pidió orar para que

“podamos afrontar y resolver pronta, pero profundamente esta catástrofe, que no consiste solo en ser un país dividido, sino, sobre todo, un país maltratado.”

Citó la reciente Encíclica del Papa: “En cada época se cierne el riesgo de construir un mundo inhumano y más injusto.” Y señaló que existe “una tendencia mundial a disolver la democracia y a favorecer la dictadura se yergue sobre el mundo, y la ‘varita mágica’ para desatlarla sigue siendo la absurda promoción de las guerras”. Se refirió a la dura realidad del crimen organizado que asola nuestra sociedad: “Muchas desgracias nos

siguen ocurriendo ante la diversidad de grupos de variada índole, como el sicariato y la extorsión, que sacuden nuestra seguridad, imponen la violencia que atraviesa nuestra vida cotidiana...” Refiriéndose a la situación de la región alertó que corremos “... el riesgo de volver a un pasado que desdice las dos palabras iniciales de nuestro himno: ‘Somos libres’, y el deseo de nuestra responsabilidad: ‘seámoslo siempre’.”

En el momento de memoria de los difuntos, el Cardenal nombró a las víctimas fallecidas en las protestas entre los años 2020 y 2025 en diversos lugares del país.

MARGARITA RECAVARREN, AMIGA DE DIOS Y PROFETA

Margarita nos dejó el 25 de julio. Los datos cronológicos y biográficos de una larga y, sobre todo, fecunda vida nos recuerdan su paso por nuestras vidas. Un recuerdo agradecido. Quienes hemos tenido la suerte y el privilegio de compartir con ella tiempo y espacio, valoramos no solo la cantidad sino la calidad y la calidez de quien sabía estar, acompañar, escuchar y desafiar. Margarita habitaba los espacios, tejiendo relaciones y vínculos entre distintos/as, que sostenían la vida y el compromiso. Amiga, compañera, referente.

Recientemente celebraba 75 años como Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús. Margarita vivió como hija del Dios de la Vida, como hermana preferencialmente cercana a los pobres y como discípula-misionera fiel y solícita. Con ella, religiosas más jóvenes de otras congregaciones

y mujeres comprometidas en el seguimiento de Jesús, recordábamos el aporte de tantas vidas consagradas a la causa del Evangelio, a la causa del Reino en el Perú. Memoria que valoraba el pasado y nos mostraba un horizonte de esperanza. Sin nostalgias estériles, consciente de la novedad y las posibilidades del presente, animándonos y empujándonos a protagonizar este tiempo.

Siempre inquieta por conocer lo nuevo que estaba brotando. Siempre en búsqueda de nuevos aprendizajes que alimentaran su ver profundo y actuar contextualizado. Siempre renovando su compromiso con los más pobres, dejándose interpelar por la realidad, compleja y cambiante del presente. Consciente de esta novedad, se dejaba sorprender e integraba nuevas miradas e interpretaciones. Una experiencia que no dejaba que nos despistáramos en el horizonte y



Foto: Archivo IBC

sentido de nuestra reflexión bíblica: Reino, Justicia, Vida en abundancia.

Margarita fue una mujer feliz. La alegría de quien vive el evangelio y es Buena Noticia para otras/os. Gracias porque contigo los espacios y tiempos compartidos fueron más humanos, más evangélicos, más desafiantes. Sigues acompañándonos, de otra manera. Te extrañaremos, amiga.

(Glafría Jiménez P.)

VOCES DE LA IGLESIA

BIBLIA Y VIDA

IR HACIA LA OTRA ORILLA

Mateo 14, 22-33

Por Edmundo Alarcón, vicario parroquial de la diócesis de Chosica

Este pasaje del evangelio muestra a Jesús caminando sobre las aguas, pero el texto en sí va más allá de ese dato. Muestra la importancia de la oración, tanto en los momentos de éxito, como en los de dificultad; muestra también el camino de la fe fácil y emocional que surge en los momentos de gozo y tranquilidad; y la duda o temor que nos invaden en los momentos duros y difíciles de la vida.

El contexto previo es la multiplicación de los panes. Jesús quería estar solo para orar, por eso, luego de compartir panes y peces con la gente, obligó a los discípulos a adelantarse en la barca, para que fueran a la otra orilla. Él quería hacer oración; ellos, seguir disfrutando del entusiasmo de la gente, de la fama y éxito del Maestro.

Jesús los obligó a ir hacia la otra orilla, los sacó del éxito pasajero, de la emoción y fama casual. Los obligó a enfrentar la realidad de la vida, que tiene mucho de

tormenta, viento y olas movedizas. Y eso encontraron, una pequeña dosis de realidad.

El evangelio relata que en la tormenta aparece Jesús caminando sobre las aguas tormentosas y, ante el miedo de los discípulos, les dice: "Soy yo, no teman". Pedro, un poco con fe y otro con duda dice: "Si eres Tú (fijense en el condicional), mándame ir a ti sobre las aguas". Y Jesús: "Ven". Sale Pedro confiado, pero rápidamente se asusta y se hunde gritando "sálvame, Señor". Las palabras del Maestro: "hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?".

Esta afirmación y pregunta son agudas, interpelan nuestra fe y nos recuerdan que siempre habrá dificultades, pero la fe debe mantenerse. Lo que importa es salir a la otra orilla y escuchar la voz de Jesús que dice "Ven"; importa la oración que centra nuestra fe; importa pedir confiados "sálvame, Señor"; porque Él es salvación nuestra.

Presentación del libro

OPCIÓN POR LOS POBRES

Magisterio social y Gustavo Gutiérrez

AUTOR



P. Edmundo Alarcón

Mag. en Doctrina Social de la Iglesia - Univ. Pontificia de Salamanca

MODERADORA



Silvia Cáceres

Directora del Instituto Bartolomé de Las Casas



Jueves
20 de agosto

6 p.m.

Auditorio
del IBC

COMENTARISTAS



P. Luis Fernando Crespo
Teólogo y profesor
emérito de la PUCP



Carla Begazo
Teóloga y docente
de la UCSM



Bruno Van der Maat
Teólogo y profesor
emérito de la UCSM

cep

Centro de
Estudios y
Publicaciones

IBC Instituto
Bartolomé
de Las Casas

APRENDER A MIRAR PARA APRENDER A SERVIR

Montserrat Jiménez, misionera laica de la Asociación OCASHA

Soy Montserrat Jiménez, misionera laica española de la Asociación OCASHA Laicado Misionero. Desde 1957 nuestra asociación ha acompañado a comunidades en 22 países de América Latina y África, con el deseo de construir un mundo más justo y fraterno al estilo de Jesús.

Desde hace algo más de un año desarrollo mi servicio en el puesto de misión de Tacsha Curaray, en el río Napo, formando parte del Vicariato Apostólico San José del Amazonas. Junto con mis compañeros de OCASHA acompañamos a las 27 comunidades que forman parte de este puesto de misión.

Llegar a este rincón de la Amazonía después de haber vivido siempre en una ciudad como Madrid ha supuesto un cambio profundo. Aunque soy trabajadora social y estoy acostumbrada a situaciones de vulnerabilidad, descubrir la realidad amazónica ha significado una nueva manera de mirar. La violencia, la pobreza, la escasa presencia del Estado y las amenazas contra la Casa Común conviven con una extraordinaria riqueza humana que solo se descubre cuando uno aprende a escuchar y caminar al ritmo de la gente.

En este contexto, participar en el Curso

de Realidad Peruana del Instituto Bartolomé de Las Casas ha sido una experiencia muy enriquecedora. Más que ofrecer respuestas cerradas, me ha proporcionado claves para comprender mejor el país en el que vivo y realizo mi misión.

Uno de los aspectos que más valoro ha sido compartir este proceso con misioneros y misioneras de distintos países y con peruanos que regresaban tras años de misión en el extranjero. Escuchar cómo cada uno descubría el Perú desde experiencias tan diversas confirmó que todos llegamos con nuestras propias categorías y que solo el encuentro con las personas y con la historia del país transforma nuestra manera de comprender la misión.

Aunque inicialmente pensaba realizar este curso al llegar al Perú, ahora creo que hacerlo después de un tiempo de misión ha sido un acierto. La experiencia vivida en las comunidades hizo que cada sesión encontrara un rostro, una historia o una situación concreta. La formación dejó así de ser solo conocimiento intelectual para convertirse en una herramienta que me ayuda a interpretar la realidad.

Otro elemento que dio un valor especial al curso fue haber coincidido con un momento de intensa coyuntura política, en pleno proceso electoral.



Fotos: Archivo IBC

Poder analizar la actualidad a la luz de la historia permitió comprender que muchos de los desafíos que vive hoy el Perú no pueden entenderse sin mirar su pasado. En este sentido, la visita al Lugar de la Memoria fue especialmente significativa.

Quiero agradecer igualmente que el curso dedicara un espacio concreto a la Amazonía. Con demasiada frecuencia sigue siendo la gran desconocida y la gran olvidada. Sin embargo, a través de sesiones específicas se mostró la riqueza de sus pueblos y sus culturas, sus desafíos y la experiencia de una Iglesia local que tiene mucho que aportar al conjunto de la Iglesia. Confirmé que anunciar el Evangelio pasa por conocer, escuchar y valorar la cultura de los pueblos con los que caminamos. Solo una Iglesia que aprende, dialoga y reconoce la acción de Dios en ellos puede ser verdaderamente inculturada y sinodal.

Regreso a la misión con una mirada más amplia y convencida de que comprender la historia, las heridas, las esperanzas y la diversidad del Perú no es un añadido a la tarea misionera, sino una condición para acompañar con respeto y compromiso a las comunidades. Ese ha sido, para mí, el mayor regalo de este curso: descubrir que conocer la realidad es el primer paso para amarla y servirla mejor.

